

sia. Agustín cavaba como yo, y á cada instante volvía sus ojos á la Torre Nueva.

—Es un incendio terrible—me dijo.—Mira, parece que se extingue un poco, Gabriel; yo me quiero arrojar en esta gran fosa que estamos abriendo.

—No haya prisa—le respondí,—que tal vez mañana nos echen en ella sin que lo pidamos. Con que dejarse de tonterías, y á trabajar.

—¿No ves? Creo que se extingue el fuego.

—Sí; se habrá quemado toda la casa. El tío Candiola habráse encerrado en el sótano con su dinero, y allí no llegará el fuego.

—Gabriel, voy un momento allá; quiero ver si ha sido su casa. Si sale mi padre de la iglesia, le dirás que... que vuelvo en seguida,

La repentina salida de D. José Montoria impidió á Agustín la fuga que proyectaba, y los dos continuamos cavando la gran sepultura. Comenzaron á sacar cuerpos, y los heridos ó enfermos, que eran traídos á cada instante, veían el cómodo lecho que se les estaba preparando, quizás para el día siguiente. Al fin se creyó que la zanja era bastante honda, y nos mandaron suspender la excavación. Acto continuo fueron traídos uno á uno los cadáveres y arrojados en su gran sepultura, mientras algunos clérigos, puestos de rodillas y rodeados de mujeres piadosas, recitaban lúgubres responsos. Cayeron dentro todos, y no faltaba sino echar tierra encima. D. José Montoria, con la cabeza descubierta y rezando en voz alta un Padre Nuestro, echó

el primer puñado, y luégo nuestras palas y azadas empezaron á cubrir la tumba á toda prisa. Concluida nuestra operación, todos nos pusimos de rodillas y rezamos en voz baja. Agustín Montoria me decía al oído:

—Iremos ahora... mi padre se marchará. Le dices que hemos quedado en relevar á dos compañeros que tienen un enfermo en su familia, y quieren pasar á verle. Díselo, por Dios; yo no me atrevo... y en seguida nos iremos allá.

XV

Y engañamos al viejo, y fuimos, ya muy avanzada la noche, porque la inhumación que acabo de mencionar duró más de tres horas. La luz del incendio por aquella parte había dejado de verse; la masa de la torre perdíase en la obscuridad de la noche, y su gran campana no sonaba sino de tarde en tarde para anunciar la salida de una bomba. Pronto llegamos á la plazuela de San Felipe, y al observar que humeaba el techo de una casa cercana en la calle del Temple, comprendimos que no fué la del tío Candiola, sino aquella la que tres horas antes habían invadido las llamas.

—Dios la ha preservado—dijo Agustín con mucha alegría,—y si la ruindad del padre trae sobre aquel techo la cólera divina, las virtudes y la inocencia de Marquilla la detienen. Vamos allá.

En la plazuela de San Felipe había alguna gente, pero la calle de Antón Trillo estaba desierta. Nos detuvimos junto á la tapia de la huerta y pusimos atento el oído. Todo estaba tan en silencio, que parecía abandonada la casa. ¿Lo estaría realmente? Aunque aquel barrio era de los menos castigados por el bombardeo, muchas familias le habían desalojado, ó vivían refugiados en los sótanos.

—Si entro—me dijo Agustín,—tú entrarás conmigo. Después de la escena de hoy, temo que D. Jerónimo, suspicaz y medroso como buen avaro, esté alerta toda la noche y ronde la huerta, creyendo que vuelven á quitarle su hacienda.

—En ese caso—le respondí,—más vale no entrar, porque además del peligro que trae el caer en manos de ese vestiglo, habrá gran escándalo, y mañana todos los habitantes de Zaragoza sabrían que el hijo de D. José Montoria, el joven destinado á encajarse una mitra en la cabeza, anda en malos pasos con la hija del tío Candiola.

Pero esto y algo más que le dije era predicar en desierto, y así, sin atender razones, insistiendo en que yo le siguiera, hizo la señal amorosa, aguardando con la mayor ansiedad que fuera contestada. Transcurrió algún tiempo, y al cabo, después de mucho mirar y remirar desde la acera de enfrente, percibimos luz en la ventana alta. Sentimos luego descender muy quedamente el cerrojo del portalón, y éste se abrió sin rechinar, pues sin duda el amor había tenido la precaución de

engrasar sus viejos goznes. Los dos entramos, topando de manos á boca, no con la deslumbradora hermosura de una perfumada y voluptuosa doncella, sino con una avinagrada cara, en la que al punto reconocí á doña Guedita.

—Vaya unas horas de venir — dijo, gruñendo, — y viene con otro. Caballeritos, hagan ustedes el favor de no meter ruido. Anden sobre las puntas de los piés y cuiden de no tropezar ni con una hoja seca, que el señor me parece que está despierto.

Esto nos lo dijo en voz tan baja, que apenas lo entendimos, y luego marchó adelante haciendo señas de que la siguiéramos, y poniendo el dedo en los labios para intimarnos un absoluto silencio. La huerta era pequeña: pronto le dimos fin, tropezando con una escalerilla de piedra que conducía á la entrada de la casa, y no habíamos subido seis escalones, cuando nos salió al encuentro una esbelta figura, arrebujaada en una manta, capa ó cabriolé. Era Mariquilla. Su primer ademán fué imponernos silencio, y luego miró con inquietud una ventana lateral, que también caía á la huerta. Después mostró sorpresa al ver que Agustín iba acompañado; pero éste supo tranquilizarla diciendo:

—Es Gabriel, mi amigo, mi mejor, mi único amigo, de quien me has oído hablar tantas veces.

—Habla más bajo—dijo María.—Mi padre salió hace poco de su cuarto con una linterna y rondó toda la casa y la huerta. Me parece

que no duerme aún. La noche está oscura. Ocultémonos en la sombra del ciprés, y hablemos en voz muy baja.

La escalera de piedra conducía á una especie de corredor ó balcón con antepecho de madera. En el extremo de este corredor un ciprés corpulento, plantado en la huerta, proyectaba gran masa de sombra, formando allí una especie de refugio contra la claridad de la luna. Las ramas desnudas del olmo se extendían sin sombrear por otro lado, y garabateaban con mil rayas el piso del corredor, la pared de la casa y nuestros cuerpos. Al amparo de la sombra del ciprés sentóse Mariquilla en la única silla que allí había; púsose Montoria en el suelo y junto á ella, apoyando las manos en sus rodillas, y yo sentéme también sobre el piso no lejos de la hermosa pareja. Era la noche, como de Enero, serena, seca y fría; quizás los dos amantes, caldeados en el amoroso rescoldo de sus corazones, no sentían la baja temperatura; pero yo, criatura ajena á sus incendios, me envolví en mi capote, para resguardarme de la frialdad de los ladrillos. La tía Guedita había desaparecido. Mariquilla entabló la conversación abordando desde luego el punto difícil.

—Esta mañana te ví en la calle. Cuando sentimos Guedita y yo el ruido de mucha gente que se agolpaba en nuestra puerta, me asomé á la ventana, y te ví en la cera de enfrente.

—Es verdad—respondió Montoria con turbación.—Allí estuve; pero tuve que marchar-

me al instante, porque se me acababa la licencia.

—¿No viste cómo aquellos bárbaros atropellaron á mi padre?—dijo Mariquilla conmovida.—Cuando aquel hombre cruel le castigó, miré á todos lados esperando á que tú saldrías en su defensa; pero ya no te ví por ninguna parte.

—Lo que te digo, Mariquilla de mi corazón—repuso Agustín,—es que tuve que marcharme antes... Después me dijeron que tu padre había sido maltratado, y me dió un coraje... quise venir.

—¡A buenas horas! Entre tantas, entre tantas personas—añadió Candiola llorando,—ni una, ni una sola hizo un gesto para defenderle. Yo me moría de miedo aquí arriba, viéndole en peligro. Miramos con ansiedad á la calle. Nada, no había más que enemigos... Ni una mano generosa, ni una voz caritativa. Entre todos aquellos hombres, uno más cruel que todos arrojó á mi padre en el suelo... ¡Oh! Recordando esto, no sé lo que me pasa. Cuando lo presencié, un gran terror me tuvo por momentos paralizada. Hasta entonces no conocí yo la verdadera cólera, aquel fuego interior, aquel impulso repentino que me hizo correr de aposento en aposento buscando... Mi pobre padre yacía en el suelo y el miserable le pisoteaba como si fuera un reptil venenoso. Viendo esto, yo sentía la sangre hirviendo en mi cuerpo. Como te he dicho, corrí por la habitación buscando un arma, un cuchillo, un hacha, cualquier cosa. No encontré

nada... Desde lo interior oí lamentos de mi padre, y sin esperar más bajé á la calle. Al verme en el almacén entre tantos hombres, sentí de nuevo invencible terror y no podía dar un paso. El mismo que le había maltratado me alargó un puñado de monedas de oro. No las quise tomar, pero luégo se las arrojé á la cara con fuerza. Me parecía tener en la mano un puñado de rayos, y que vengaba á mi padre lanzándolos contra aquellos viles. Salí después, miré otra vez á todos lados buscándote, pero nada ví. Sólo entre la turba inhumana, mi padre se encontraba sobre el cieno pidiendo misericordia.

—¡Oh! María, Mariquilla de mi corazón— exclamó Agustín con dolor, besando las manos de la desgraciada hija del avaro,—no hables más de ese asunto, que me destrozas el alma. Yo no podía defenderle... tuve que marcharme... no sabía nada... creí que aquella gente se reunía con otro objeto. Es verdad que tienes razón; pero deja ese asunto que me lastima, me ofende y me causa inmensa pena.

—Si hubieras salido á la defensa de mi padre, éste te hubiera mostrado gratitud. De la gratitud se pasa al cariño. Habrías entrado en casa...

—Tu padre es incapaz de amar á nadie— respondió Montoria. — No esperes que consigamos nada por ese camino. Confiemos en llegar al cumplimiento de nuestro deseo por caminos desconocidos, con la ayuda de Dios y cuando menos lo parezca. No pensemos en

lo ordinario ni en lo que tenemos delante, porque todo lo que nos rodea está lleno de peligros, de obstáculos, de imposibilidades; pensemos en algo imprevisto, en algún medio superior y divino, y llenos de fe en Dios y en el poder de nuestro amor, aguardemos el milagro que nos ha de unir, porque será un milagro, María, un prodigio como los que cuentan de otros tiempos y nos resistimos á creer.

—¡Un milagro! — exclamó María con melancólica estupefacción.—Es verdad. Tú eres un caballero principal, hijo de personas que jamás consentirían verte casado con la hija del Sr. Candiola. Mi padre es aborrecido en toda la ciudad. Todos huyen de nosotros, nadie nos visita; si salgo me señalan, me miran con insolencia y desprecio. Las muchachas de mi edad no gustan de alternar conmigo, y los jóvenes del pueblo que recorren de noche la ciudad cantando músicas amorosas al pié de las rejas de sus novias, vienen junto á las mías á decir insultos contra mi padre, llamándome á mí misma con los nombres más feos. ¡Oh, Dios mío! Comprendo que ha de ser preciso un milagro para que yo sea feliz... Agustín, nos conocemos hace cuatro meses, y aún no has querido decirme el nombre de tus padres. Sin duda no serán tan odiados como el mío. ¿Por qué lo ocultas? Si fuera preciso que nuestro amor se hiciera público, te apartarías de las miradas de tus amigos, huyendo con horror de la hija del tío Candiola.

—¡Oh! No, no digas eso—exclamó Agustín, abrazando las rodillas de Mariquilla y ocultando el rostro en su regazo.—No digas que me avergüenzo de quererte, porque al decirlo insultas á Dios. No es verdad. Hoy nuestro amor permanece en secreto, porque es necesario que así pase; pero cuando sea preciso descubrirlo, lo descubriré arrostrando la cólera de mi padre. Sí, María, mis padres me maldecirán, arrojándome de su casa. Hace pocas noches me dijiste, mirando ese monumento que desde aquí se descubre: “Cuando esa torre se ponga derecha dejaré de quererte.” Yo te juro que la firmeza de mi amor excede á la inmovilidad, al grandioso equilibrio de esa torre, que podrá caer al suelo, pero jamás ponerse á plomo sobre la base que la sustenta. Las obras de los hombres son variables, las de la Naturaleza son inmutables y descansan eternamente sobre su inmortal asiento. ¿Has visto el Moncayo, esa gran peña que, escalonada con otras muchas, se divisa hacia Poniente, mirando desde el arrabal? Pues cuando el Moncayo se canse de estar en aquel sitio y se mueva, y venga andando hasta Zaragoza, y ponga uno de sus piés sobre nuestra ciudad reduciéndola á polvo, entonces, sólo entonces dejaré de quererte.

De este modo hiperbólico y con este naturalismo poético expresaba mi amigo su grande amor, correspondiendo y halagando así la imaginación de la hermosa Candiola que propendía con impulso ingénito al mismo sistema. Callaron ambos durante un mo-

mento, y luégo los dos, mejor dicho, los tres proferimos una exclamación y miramos la torre, cuya campana había lanzado al viento dos toques de alarma. En el mismo instante un globo de fuego surcó el espacio negro describiendo rápidas oscilaciones.

—¡Una bomba! ¡Es una bomba!—exclamó María con pavor, arrojándose en brazos de su amigo.

La espantosa luz pasó velozmente por encima de nuestras cabezas, por encima de la huerta y de la casa, iluminando á su paso la torre, los techos vecinos, hasta el rincón donde nos escondíamos. Luégo sintióse el estallido. La campana empezó á clamar, uniéndose á su grito el de otras más ó menos lejanas, agudas, graves, chillonas, cascadas, y oímos el tropel de la gente que corría por las inmediatas calles.

—Esa bomba no nos matará—dijo Agustín, tranquilizando á su novia. —¿Tienes miedo?

—¡Mucho, muchísimo miedo!—respondió ésta, — aunque á veces me parece que tengo mucho, muchísimo valor. Paso las noches rezando y pidiéndole á Dios que aparte el fuego de mi casa. Hasta ahora ninguna desgracia nos ha ocurrido, ni en este ni en el otro sitio. ¡Pero cuántos infelices han perecido, cuántas casas de personas honradas, y que nunca hicieron mal á nadie, han sido destruidas por las llamas! Yo deseo ardientemente ir, como los demás, á socorrer á los heridos; pero mi padre me lo prohíbe, y se enfada conmigo siempre que se lo propongo.

Esto decía, cuando en el interior de la casa sentimos ruido vago y lejano en que se confundía con la voz de la señora Guedita la despacible del tío Candiola. Los tres, obedeciendo á un mismo pensamiento, nos estrechamos en el rincón, y contuvimos el aliento, temiendo ser sorprendidos. Luégo sentimos más cerca la voz del avaro que decía:

—¿Qué hace usted levantada á estas horas, señora Guedita?

—Señor—contestó la vieja asomándose por una ventana que daba al corredor,—¿quién puede dormir con ese horroroso bombardeo? Si á lo mejor se nos mete aquí una señora bomba y nos coge en la cama y en paños menores, y vienen los vecinos á sacar los trastos y apagar el fuego... ¡Oh, qué falta de pudor! No pienso desnudarme mientras dure este endemoniado bombardeo.

—Y mi hija, ¿duerme?—preguntó Candiola, que al decir esto se asomaba por un ventanillo al otro extremo de la huerta.

—Arriba está durmiendo como una marmota—repuso la dueña.—Bien dicen que para la inocencia no hay peligros. A la niña no le asusta una bomba más que un cohete.

—Si desde aquí se divisara el punto donde ha caído ese proyectil—dijo Candiola alargando su cuerpo fuera de la ventana para poder extender la vista por sobre los tejados vecinos, más bajos que el de su casa.—Se ve claridad como de incendio; pero no puedo decir si es cerca ó lejos.

—O yo no entiendo nada de bombas—dijo

Guedita desde el corredor,—ó ésta ha caído allá por el Mercado.

—Así parece. Si todas cayeran en las casas de los que sostienen la defensa, y se empeñan en no acabar de una vez tantos desastres... Si no me engaño, señora Guedita, el fuego luce hacia la calle de la Tripería. ¿No están por allá los almacenes de la Junta de abastos? ¡Ah! ¡Bendita bomba, que no cayera en la calle de la Hilarza y en la casa del malvado y miserable ladrón!... Señora Guedita, estoy por salir á la calle á ver si el regalo ha caído en la calle de la Hilarza, en la casa del orgulloso, del entrometido, del canalla, del asesino D. José de Montoria. Se lo he pedido con tanto fervor esta noche á la Virgen del Pilar, y á las Santas Masas y á Santo Domingo del Val, que al fin creo que me ha oído.

—Sr. D. Jerónimo—dijo la vieja,—déjese de correrías, que el frío de la noche traspasa, y no vale la pena de coger una pulmonía por ver dónde paró la bomba, que harto tenemos ya con saber que no se nos ha metido en casa. Si la que pasó no ha caído en casa de ese bárbaro sayón, otra caerá mañana, pues los franceses tienen buena mano. Con que acuéstese su merced, que yo me quedo rondando la casa, por si ocurriese algo.

Candiola, respecto á la salida, varió sin duda de parecer, en vista de los buenos consejos de la criada, porque cerrando la ventanilla, metióse dentro, y no se le sintió más en el resto de la noche. Mas no porque desapareciera rompieron los amantes el silencio,

temerosos de ser escuchados ó sorprendidos; y hasta que la vieja no vino á participarnos que el señor roncaba como un labriego, no se reanudó el diálogo interrumpido.

—Mi padre desea que las bombas caigan sobre la casa de su enemigo—dijo María.—Yo no quisiera verlas en ninguna parte; pero si alguna vez se puede desear mal al prójimo, es en esta ocasión, ¿no es verdad?

Agustín no contestó nada.

—Tú te marchaste—continuó la joven,—tú no viste cómo aquel hombre, el más cruel, el más malvado y cobarde de todos los que vinieron, le arrojó al suelo, ciego de cólera, y le pisoteó. Así patearán su alma los demonios en el infierno, ¿no es verdad?

—Sí—contestó lacónicamente el mozo.

—Esta tarde, después que todo aquello pasó, Guedita y yo curábamos las contusiones de mi padre. El estaba tendido sobre la cama, y loco de desesperación se retorció mordiéndose los puños y lamentándose de no haber tenido más fuerza que el otro. Nosotras procurábamos consolarle; pero él nos decía que calláramos. Después me echó en cara ¡tal era su rabia! que hubiese yo arrojado á la calle el dinero de la harina; enfadóse mucho conmigo, y me dijo que pues no se pudo sacar otra cosa, los tres mil reales y pico no debían despreciarse; y que yo era una loca despilfarradora, que le estaba arruinando. De ningún modo podíamos calmarle. Cerca del anochecer sentimos otra vez ruido en la calle. Creímos que volvían los mismos

y el mismo del medio día. Mi padre quiso arrojar del lecho lleno de furia. Yo tuve al principio mucho miedo; después me reanimé, considerando que era necesario mostrar valor. Pensando en tí, dije: "Si él estuviera en casa, nadie nos insultaría." Como el rumor de la calle aumentara, llenéme de valor, cerré bien todas las puertas, y rogando á mi padre que continuase quieto en su cama, resolví esperar. Mientras Guedita rezaba de rodillas á todos los santos del cielo, yo registré la casa buscando un arma, y al fin pude hallar un gran cuchillo. La vista de esta arma siempre me ha causado horror; pero hoy la empuñé con decisión. ¡Oh! estaba fuera de mí, y aun ahora mismo me causa espanto el pensar en aquello. Frecuentemente me desmayo al mirar un herido; me asusto y tiemblo sólo de ver una gota de sangre, casi lloro si castigan á un perro delante de mí, y jamás he tenido fuerzas para matar una mosca; pero esta tarde, Agustín, esta tarde cuando sentí ruido en la calle, cuando creí oír de nuevo los golpes en la puerta, cuando esperaba por momentos ver delante de mí á aquellos hombres... Te juro que si llega á salir verdad lo que temí, si cuando yo estaba en el cuarto de mi padre, junto á su cama, llega á entrar el mismo hombre que lo maltrató algunas horas antes, te juro que allí mismo... sin vacilar... cierro los ojos y le parto el corazón.

—Calla por Dios—dijo Montoria con horror.—Me causas miedo, María, y al oírte me parece que tus propias manos, estas divinas

manos clavan en mi pecho la hoja fría. No maltratarán otra vez á tu padre. Ya ves como lo de esta noche fué puro miedo. No, no hubieras sido capaz de lo que dices; tú eres una mujer, y una mujer débil, sensible, tímida, incapaz de matar á un hombre, como no lo mates de amor. El cuchillo se te hubiera caído de las manos, y no habrías manchado tu pureza con la sangre de un semejante. Esos horrores se quedan para nosotros los hombres, que nacemos destinados á la lucha, y que á veces nos vemos en el triste caso de gozar arrancando hombres á la vida. María, no hables más de ese asunto, no recuerdes á los que te ofendieron; perdónalos, y sobre todo no mates á nadie, ni aun con el pensamiento.

XVI

Mientras esto decían, observé el rostro de la Candiola, que en la obscuridad parecía modelado en pálida cera, y tenía el tono pastoso y mate del marfil. De sus negros ojos, siempre que los alzaba al cielo, partía un ligero rayo. Sus negras pupilas, sirviendo de espejo á la claridad del cielo, producían en el fondo donde nos encontrábamos dos rápidos puntos de luz, que aparecían y se borraban, según la movilidad de su mirada. Y era curioso observar en aquella criatura, toda ella pasión, la borrascosa crisis que removía y exaltaba su sensibilidad hasta ponerla en punto de bravura. Aquel abandono voluptuoso, aquel

arrullo (pues no hallo nombre más propio para pintarla), aquel tibio agasajo que había en la atmósfera junto á ella, no se avenían bien aparentemente con los alardes de heroísmo en defensa del ultrajado padre; pero una observación atenta podía descubrir que ambas corrientes aflúan de un mismo manantial.

—Yo admiro tu exaltado cariño filial—prosiguió Agustín. — Ahora oye otra cosa. No disculpo á los que maltrataron á tu padre; pero no debes olvidar que tu padre es el único que no ha dado nada para la guerra. Don Jerónimo es una persona excelente; pero no tiene en su alma ni una chispa de patriotismo. Le son indiferentes las desgracias de la ciudad, y hasta parece alegrarse cuando no salimos victoriosos.

La Candiola exhaló algunos suspiros, elevando los ojos al cielo.

—Es verdad — dijo después. — Todos los días y á todas horas le estoy suplicando que dé algo para la guerra. Nada puedo conseguir, aunque le pondero la necesidad de los pobres soldados y el mal papel que estamos haciendo en Zaragoza. El se enfada cuando me oye, y dice que el que ha traído la guerra que la pague. En el otro sitio me alegraba en extremo cuando tenía noticia de una victoria, y el 4 de Agosto salí yo misma sola á la calle, no pudiendo resistir la curiosidad. Una noche estaba en casa de las de Urries, y como celebraban la acción de aquella tarde, que había sido muy brillante, empecé á alabar y